

# Vicisitudes del deseo amoroso en la contemporaneidad

---

Edilberto Hernández González  
Filósofo, magíster en Educación

*Por el tacto,  
no sólo por el sonido,  
se adentraba en el deseo.*

E. M. Foster

## Resumen

Pensar la contemporaneidad será siempre una ligereza, pero intentar comprender las vicisitudes del deseo es una apuesta por el delirio.

Nuestra época se debate en profundas transformaciones que van más allá de su propio acontecer cultural, estos movimientos comprometen como nunca la estructura misma del sujeto, por eso es tan importante asomarse a esos agujeros vertiginosos por los cuales transcurre el deseo, en su búsqueda por inscribirse en la historia. La contemporaneidad, con su obsesión por las imágenes, ha hecho que el delirio sea una forma de existencia. Realidad y ficción parecen acontecer en el mismo plano, por eso la literatura se constituye en un campo privilegiado, haciendo que trabajos narrativos como el de Elfriede Jelinek, con su potente riqueza expresiva, favorezcan esta indagación sobre el deseo amoroso en nuestro tiempo.

## Palabras clave

Deseo, amor.

## Summary

To think about the contemporary will always be flippancy, but to try to understand the vicissitudes of desire is a bet on delirium. Our time struggles with deep transformations that go beyond its own cultural occurrences. These movements compromise, like never before, the very structure of the subject. Therefore the importance to peek into these vortexes where desire takes place, in its search for including itself in history. The contemporary, with its obsession for images, has turned delirium into a form of existence. Realty and

fiction seem to take place at the same level, that's why literature becomes a privileged field, making narrative work like that of Elfriede Jelinek, with its power of expression, an aide in our investigation of amorous desire in our time.

## Key words

Desire, love.

## Amor y deseo

Cada época tiene sus formas de amar, pero el deseo carece de memoria y ubicación en el tiempo; no hay un tiempo del deseo; aun así, las geografías humanas hacen posible una caricatura amorosa, una forma específica de actualizar el deseo amoroso.

Hoy nos vemos abocados a nuevas formas de amar, las cuales parecen estar sujetas a una economía de tiempo; se nos ofrece un amor económico, encapsulado, como si toda la intensidad pulsional estuviera capturada en el instante. Ahora bien, dentro de los límites que estos hechos imponen, realizo un análisis acerca de esas manifestaciones amorosas que se anteponen al diálogo, al lenguaje corporal y al verdadero interés por el otro.

La experiencia amorosa contemporánea está marcada por la rapidez, es atravesada escasamente por la palabra, quizá porque la palabra enreda, confunde al otro y su deseo.

Luis Palacios (2000) ha descrito de manera brillante una lógica del deseo: "El deseo del otro, al cual está confrontado el sujeto desde la pregunta ¿qué desea el otro de mí?, es enigmático, oscuro, opaco. Tiene estos rasgos, pues ofrece al sujeto una respuesta, y otra y otra de manera indefinida, imposibilitándole a éste ubicar un punto de referencia que le dé consistencia a su ser."

Actualmente algunas prácticas amorosas privilegian dispositivos como la mirada, el cuerpo y el silencio, construyendo de esta forma un rodeo que evita las redes de la palabra. En esta construcción de sentido, para el deseo no hay tiempo de galanteos ni participación de historias familiares, parece haber la certeza de que entre menos fantasmas se incorporen en un encuentro amoroso, mayor es su eficacia.

Desde el prisma de las generaciones de nuestros padres y abuelos estas experiencias podrían ser interpretadas como lujuria, prostitución e incluso perversión, aunque precisamente este término sea una importante clave para comprender las cosas. Se trata de otra versión del juego amoroso.

En esta experiencia contemporánea los sujetos se exponen a plenitud, la expectativa de encontrar un otro que le permita ser, sentir y vivir intensamen-

te está presente, tal como ocurre desde la antigüedad. No es fortuito todo el ruido que produce Medea cuando siente que se desmorona su proyecto de existencia al lado de Jasón: "Una mujer suele estar llena de temor y es cobarde para contemplar la lucha y el hierro, pero cuando ve lesionados los derechos de su lecho, no hay otra mente más asesina."<sup>1</sup>

En la actualidad no se suele poner este tipo de cargas emocionales en los encuentros amorosos; por el contrario, éstos aparecen atravesados por un sentido estricto de economía acorde con las condiciones de los tiempos modernos y caracterizados por la presión del reloj y el cronómetro del éxito.

Ya hemos anotado que la mirada es fundamental en el encuentro amoroso; ella es portadora de la atracción experimentada por un sujeto hacia otro, pero este dispositivo en la actualidad parece asumir connotaciones más riesgosas aún; a través de ella se autoriza el acercamiento. La mirada opera como un signo capaz de incidir en el tiempo subjetivo al integrar el objeto de deseo a la propia existencia; este mecanismo crea una confianza en el otro al punto de acortar las distancias intersubjetivas, los personajes se sienten seguros e identificados frente a un cuerpo-sujeto dispuesto a participar de una experiencia amorosa. Desde una perspectiva diferente a la lógica económica de nuestra época, el sujeto estaría frente a un otro desconocido.

## Movimientos del amor

Los encuentros amorosos no siempre se convierten en encuentros sexuales, y no por falta de condiciones, sino precisamente por una economía de tiempo: el encuentro llegó a su fin. Surgen entonces las preguntas, ¿por qué no hay segundos o terceros encuentros?, ¿por qué no se establecen lazos?, ¿qué pasa con el apego? Las respuestas nos conducen a juzgar moralmente a nuestros contemporáneos, ya que las preguntas mismas corresponden a otra concepción del amor y de las relaciones. Este es el caso del amor romántico,<sup>2</sup> donde los sujetos articulan su deseo a la suma de encuentros sucesivos; por esta vía se conocía y se erotizaba al ser amado; envejecer juntos era parte del ideal amoroso.

Freud (1921:109), con la agudeza que lo caracteriza, pareciera tirar al traste los ideales de permanencia al aseverar que: "[...] el amor sensual está destinado a extinguirse con la satisfacción. Para perdurar tiene que hallarse asociado desde el principio a componentes puramente tiernos, vale decir de meta inhibida, o sufrir un cambio de ese sentido."

---

<sup>1</sup> Eurípides (1983).

<sup>2</sup> Para ampliar el tema, véase el estudio de Rougemon (1945).

Al establecer esa diferencia entre un amor sentimental “puramente tier-no” y uno propiamente “sensual”, Freud trae a la escena pública las prácticas eróticas largamente excluidas y censuradas por el discurso dominante en aras de preservar las buenas costumbres.

Ahora bien, la lógica amorosa actual es algo más que un efecto de la cultura de lo desechable, asunto que en el ámbito de lo erótico estaría más cercano al comercio sexual, práctica que no es precisamente nueva en la historia de la cultura occidental. En Roma, por señalar sólo un caso, existen datos de que hacia el año I se tenía un conteo de 32 mil prostitutas en lugares con registro municipal: “El lugar favorito para las relaciones sexuales eran los baños, ofreciendo sus servicios tanto hombres como mujeres; incluso conocemos la existencia de algunos prostíbulos frecuentados por mujeres de la clase elevada donde podían utilizar los servicios de apuestos jóvenes.”<sup>3</sup>

En el comercio sexual, existe plena claridad de los intercambios y expectativas puestas en marcha.

El juego amoroso contemporáneo va en una dirección diferente; se trata de vivencias que irrumpen de manera sorpresiva en la cotidianidad; con mayor frecuencia en esas transiciones entre un espacio y otro, quizá por tratarse de momentos donde se operan ciertas mutaciones subjetivas. Sabemos que el sujeto se constituye en relación con los espacios y las interacciones que allí se desarrollan; cuando se pasa de un lugar a otro se experimenta esa sensación de desarraigo subjetivo; es el momento en el cual las grietas de la soledad, del miedo, del desasosiego afloran. Roto el caparazón del espacio que protege y controla, la pulsión busca su objeto.

Esos movimientos del deseo no han sido ajenos a la industria de lo ominoso, y existe un espacio urbano propicio para que el deseo amoroso —por extravagante que nos parezca— pueda desplegarse en esta era donde todo es susceptible de ser comercializado. Los fenómenos rápidamente dejan su carácter de extrañeza para ser integrados al sistema global de producción y explotación económica; desde luego algunas formas de encuentro amoroso ya están plenamente articulados a las reglas de juego del mercado; pensemos, por ejemplo, en dispositivos como el *swinger* o los cuartos oscuros.

Este último es un espacio velado en todo el sentido del término, podría ser identificado como lugar del no-saber. Las experiencias que allí circulan están construidas en una dimensión diferente a “palabra” e “imagen”; entonces, lo que se pone en marcha es, quizás, una lógica del goce, en el sentido de abertura a placeres marginales donde la subjetividad es reducida a la mínima

---

<sup>3</sup> Disponible en [www.artehistoria.com/frames](http://www.artehistoria.com/frames).

expresión, de tal manera que el cuerpo queda expuesto en cuanto cosa que siente. Transitando en la oscuridad, los cuerpos olvidan su historia y pertenencia a cualquier orden que no sea la sumisión al goce.

En estas circunstancias, el cuerpo es un objeto para la satisfacción del otro, sin que se trate necesariamente de una ubicación en el terreno de objeto sexual al servicio de un otro concreto; es sobre todo una exposición a la propia construcción fantasmática. El sujeto actualiza experiencias arcaicas vividas como sometimiento: un cuerpo infantil aseado por su cuidador, vergüenzas, humillaciones, agresiones físicas; en fin, esa suma de pequeños acontecimientos articulados inconscientemente hacen posible que alguien experimente satisfacción cuando se bordea lo insostenible. La oscuridad, como potencia mágica, transforma los mutuos reconocimientos en un universo de las sombras; el cuerpo se fragmenta y cada fantasma se sirve a su gusto.

Elfriede Jelinek, premio Nóbel de Literatura en 2004, nos dice (1989): "el sexo es indiscutiblemente nuestro centro, pero no vivimos en él. Preferimos alojamientos más espaciosos y con aparatos suplementarios, que podamos conectar y ejecutar a voluntad". En otro apartado afirma: "nos merecemos todo lo que podemos soportar". A lo largo de esa novela, la autora crea una atmósfera propicia para explorar la fragmentación contemporánea; la construcción que hace de sus personajes nos permite comprender cómo el sujeto logra desobjetivarse para hacerse cuerpo-expuesto a las redes de un deseo-otro.

En otra de sus novelas, Elfriede Jelinek (2004) va más lejos: "También Erika viene sólo a mirar. Aquí, en esta cabina ya no es nada. Nada hace juego con Erika, pero ella sí que hace juego con esta cartuja. Erika es un instrumento compacto con forma humana. La naturaleza no parece haber dejado en ella ninguna abertura."

Se vislumbran, a través de los avatares amorosos de este personaje, esos campos de goces erigidos por la instrumentalización contemporánea. El trasiego por estos territorios no deja al sujeto ileso, es decir, conservar las envolturas propias del lenguaje. El sujeto se compacta, la palabra no viene a ser su amparo y ello tiene consecuencias en la estructura subjetiva.

## Los nuevos dispositivos

Estos juegos amorosos, tan característicos de las últimas décadas, ponen de relieve que el placer es posible sin pasar por el otro y su trama subjetiva. Foucault parece estar al tanto, y lo plasma en estos términos: "La idea de que el placer corporal siempre debe provenir del sexual, y la de que éste es la raíz de todos nuestros placeres posibles: me parece que en eso hay algo muy equivocado" (Bersani, 1998).

Entonces, el otro se necesita en cuanto rasgo depurado a través de un ins-

trumento tecnológico, como las imágenes que Erika visualiza desde la seguridad de su cabina: la voz que alimenta el imaginario a través de la línea caliente, las frases precisas del Chateador; en fin, se trata de conectarse, es cuestión de saber que al otro lado hay alguien.

En esta era de las cibertecnologías, los acoples tecnológicos parecen garantizar el placer sexual. En este sentido, la inseminación artificial viene a ser una práctica explícita de cómo tener hijos sin tener nada que ver con el cuerpo del otro. La cibercultura con sus mitos y verdades sostiene, por todos los canales posibles, que el placer sexual no pasa necesariamente por un anudamiento al otro.

Los anudamientos son fruto del encuentro con el cuerpo del otro; roces, dudas y silencios son parte de esa experiencia. Hace unos años el pintor colombiano Luis Caballero (1995) decía: "es el cuerpo lo que yo quiero decir"; contrariamente, los sujetos contemporáneos afirmamos que es el cuerpo lo que se pretende negar, tal vez porque el cuerpo es generoso en dejar a la vista la diversidad de grietas que conforman la subjetividad —el cuerpo perfecto ya no lo es tanto cuando, en un descuido, quedan expuestos los trazos confusos dejados por el cirujano—; el uso de artefactos se convierte, entonces, en una forma de filtrar el encuentro.

Si no está un otro que contenga, si no se dejan huellas, si no se erigen objetos simbólicos que permitan rehacerse, el sujeto va a su suerte, hace cita con los espacios. Otra vez acudo a la novela de Jelinek (2004):

Algo succiona a Erika hacia este paraje, y hoy no es la primera vez. Ya ha estado varias veces aquí. Conoce el territorio. La masa humana se diluye. Desaparece en sus márgenes. Los individuos se dispersan como hormigas, de las que cada una ha asumido una determinada función en su Estado. Después de una hora, cada animal se presenta orgulloso portando un trozo de fruta o de carroña.

Estas comarcas anónimas producen subjetividades acordes a su manera de hacer interacción; abandonados los pliegues protectores del lenguaje, restos de sujeto suben a la barca de Caronte y navegan el Acheron —el río de la tristeza—, en busca de los propios inframundos.

Lejos estamos del goce que experimenta el joven Werther al fantasear incansablemente a la hermosa Carlota. En el juego amoroso contemporáneo los objetos que intervienen tienen una función definida, por ello es escasa su posibilidad de testimoniar la presencia de un otro, su voz, su olor, su nombre. Elfriede Jelinek es optimista al sugerir que, pasada una hora, alguien aparezca portando el tótem de la victoria.

Si no hay un interés por el otro y su cuerpo, los encuentros se convierten en un tributo a la ausencia, y para ello ni siquiera la carroña es necesaria. Las dinámicas contemporáneas se dirigen a ritualizar la asepsia del cuerpo, la excelencia en el servicio, la efectividad en el uso de los recursos e innumerables dispositivos donde el cuerpo como abismo, como objeto para el encuentro erótico, no es relevante.

Estas vicisitudes del deseo amoroso son parte de los movimientos mismos de la existencia. Fuertes gritos o tenues silencios no cesan. Despertar del letargo que produce la ingesta de tantos anestésicos contemporáneos requiere de profundas laceraciones, como esfuerzo del sujeto por recordar que se vive, que el cuerpo se hizo carne para que el otro pudiese hallarlo, pero siempre será fácil olvidar, olvidar que se está, porque cada pequeño olvido es también la certeza necesaria de la muerte.

## Consideraciones finales

La contemporaneidad es una metáfora; a través de ella damos un nombre a las profundas, diversas y complejas transformaciones que se operan en la cultura y que a su vez trascienden por igual al sujeto mismo, desbordando toda posible comprensión del sujeto y sus vicisitudes amorosas.

Con la modernidad surgen otras maneras de actualizar el deseo, pero en la actualidad se bordean los límites previstos y el goce irrumpe cada vez con mayor esplendor. Los marcos de comprensión heredados y rigurosamente custodiados parecen estar agotados en su capacidad de respuesta.

El horizonte freudiano, pleno de asombros, de preguntas, de respuestas transitorias, enraizadas en la literatura, continúa siendo la vía para acercarnos a ese abismo que es el deseo amoroso.

## Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2005), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires, FCE.
- (2003), *Modernidad Líquida*, trad. de Mirta Rosemberg, Buenos Aires, FCE.
- Bersani, Leo (1998), *Homos*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial.
- Caballero, Luis (1995), *El cuerpo privado*, Bogotá, El sello editorial.
- Eurípides (1983), *Tragedias I*, trad. de Alberto Medina González y Juan Antonio López Férez, Madrid, Gredos.
- Freud, Sigmund (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, vol. 18, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Giddens, Anthony (2004), *La transformación de la intimidad: sexualidad,*

*amor y erotismo en las sociedades modernas*, trad. de Benito Herrero Amaro, Madrid, Cátedra.

Haraway Donna (1995), *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

Jelinek, Elfriede (1989), *Deseo*, Barcelona, Destino.

— (2004), *La pianista*, trad. de Pablo Diener-Ojeda, México, Mondadori (Literatura Mondadori, 252).

Palacios, Luis (2000), "El nombre de la ley", conferencia, Medellín.

Rougemont, Denis de (1945), *Amor y occidente*, México, Leyenda.